

CAPÍTULO XVII

Conquistas de Antíoco en Celesiria. – Medio que emplean los ministros de Ptolomeo para contener los adelantamientos de Antíoco. – Número de tropas que éstos reclutan.

Todavía no había concluido de solucionar el rey estas cosas (año -219), cuando llegó un correo de Teodoto, que le llamaba con instancias para entregarle Celesiria. Este aviso dejó perplejo y dudoso al rey sobre el partido que había de tomar y uso que había de hacer de la noticia. Ya hemos dicho que Teodoto, de nación etolio, a pesar de haber hecho señalados servicios al rey Ptolomeo, lejos de haber merecido alguna recompensa, había estado cerca de perder la vida; y que cuando Antíoco se dirigía a la expedición contra Molón, este Teodoto, no esperando ya cosa buena de parte de su rey, y con desconfianzas de parte de los corte-

sanos, después de haberse apoderado por sí de Ptolemaida y haber matado a Tiro por medio de Panétolo, había llamado a Antíoco con grandes instancias. Bajo este supuesto, Antíoco desistió de los propósitos que tenía contra Aqueo, y dejando todo otro pensamiento, levantó el campo y echó a andar con el ejército por el mismo camino que anteriormente. Cruzó el valle de Marsias, y sentó su campo en los desfiladeros próximos a Guerra, junto al lago que está de por medio. Aquí, con la noticia que tuvo que Nicolao, comandante de las tropas de Ptolomeo, iba marchando a Ptolemaida a sitiar a Teodoto, dejó la infantería pesadamente armada, con orden a sus jefes de que pusiesen sitio a Brocos, castillo situado entre el lago y el camino; y él, seguido de los armados a la ligera, marchó a Ptolemaida a liberarla del asedio. Nicolao, que ya se hallaba informado anteriormente de la llegada del rey, se retiró del cerco y destacó a Lágoras, cretense, y a Dorimeno, etolio, para que se apoderasen de los desfiladeros de Berito. Mas Antíoco marchó allá al momento, los derrotó y sentó allí su campo.

Allí le llegaron las demás tropas, y después de una exhortación conveniente a los propósitos que premeditaba, echó a andar con todo el ejército, lleno de confianza y engreído con las bellas esperanzas que se le presentaban. Teodoto, Panétolo y sus amigos le salieron al encuentro. El rey los recibió benignamente, y ellos le entregaron a Tiro y Ptolemaida con todos los pertrechos que existían en estas dos ciudades: entre otros se contaban cuarenta navíos; de éstos, veinte con puente, bien equipados, y el que menos de cuatro órdenes; los restantes eran de tres, dos y un solo orden de remos. Todos estos navíos fueron entregados al almirante Diogneto. Después, con la noticia que tuvo que Ptolomeo se había retirado a Menfis, había reunido sus tropas en Pelusio, había abierto los diques al Nilo y cegado los manantiales de agua dulce, desistió del empeño de marchar contra esta plaza. Sin embargo, recorrió las ciudades y procuró reducirlas, unas por fuerza y otras por halagos. Los pueblos abiertos, aterrados con su llegada, se le rindieron; pero los que se creyeron bien pertrechados y defendidos persistieron firmes; y a éstos fue preciso ponerles sitio, en lo que gastó mucho tiempo. Ptolomeo, no obstante una perfidia tan manifiesta, ni aun pensaba siquiera poner pronto remedio a sus intereses como convenía: tanta era la desidia y el desprecio con que miraba lo perteneciente a la guerra.

De aquí se siguió que Agatocles y Sosibio, que gobernaban a la sazón el reino, tuvieron que tomar el mejor arbitrio que pudieron, según las actuales circunstancias. Decidieron que mientras se hacían los preparativos para la guerra, se enviasen embajadores a Antíoco, que contuviesen su ardor, y en la apariencia le confirmasen en el concepto que tenía hecho de Ptolomeo, a saber: que jamás este príncipe se atrevería a medir con él sus armas; que antes echaría mano de las conferencias, y le rogaría por sus amigos a que se retirase de Celesiria. Tomada esta decisión, y encargados de ella Agatocles y Sosibio, se cuidó de despachar una embajada a Antíoco, y se enviaron otras a los rodios, bizantinos, cizicenos y etolios, convidándoles con la paz. Mientras que iban y venían estas embajadas, uno y otro rey tuvieron oportunidad y tiempo de prevenirse para la guerra. Era Menfis el congreso donde se fraguaban estas negociaciones; era allí donde se recibía y se daba honestas respuestas a las demandas de Antíoco. Pero al mismo tiempo era Alejandría a donde se convocaba y congregaba la tropa mercenaria que el rey tenía a sueldo en las ciudades fuera de Egipto; de donde salían emisarios a reclutar tropas extranjeras; donde se almacenaban raciones para las que ya había, y para las que habían de venir; y en fin, donde se acopiaban todo género de

preparativos; de suerte que se cruzaban de continuo los correos de Menfis a Alejandría, para que no faltase cosa a los designios proyectados. Para la fábrica de armas y para la elección y distribución de los hombres, comisionaron a Equécrates de Tesalia, a Fóxidas de Mélite, a Euríloco de Magnesia, a Sócrates de Beocia y a Cnopias de Alaria. Fue la mayor dicha para Egipto encontrar hombres que, habiendo militado bajo Demetrio y Antígono, tuviesen un mediano conocimiento de lo que era la guerra, y de lo que se requería para poner un ejército en campaña. Efectivamente, éstos, tomando a su cargo las tropas, les enseñaban en lo posible el arte militar.

Ante todo los dividieron por naciones y por edades, dieron a cada uno sus armaduras proporcionadas y desecharon las que antes tenían. Abolieron el antiguo modo de formarse y las matrículas que antes había para distribuir la ración al soldado, sustituyendo una ordenanza propia a la actual urgencia. Con los frecuentes ejercicios que cada cuerpo hacía, no sólo se acostumbraba a la obediencia, sino al manejo peculiar de su arma. A veces los hacían poner a todos sobre las armas, donde se advertía a cada uno su obligación. En esta reforma militar tuvieron la mayor parte Andrómaco de Aspendo y Polícrates de Argos; personajes recién llegados de Grecia, ambos llenos de aquel ardimiento y sagacidad tan naturales a los griegos, ambos ilustres por su patria y riquezas; bien que Polícrates excedía al otro en la antigüedad de su casa y en la gloria que su padre, Mnesiades, había ganado en los combates públicos. Efectivamente, estos extranjeros, a fuerza de exhortaciones que hicieron a los soldados en particular y en público, supieron inspirarles valor y ardimiento para la lid que esperaban.

A cada uno de estos personajes que acabo de nombrar se dio el cargo más adecuado a su talento. Euríloco el magnesio mandaba un cuerpo de casi tres mil hombres, llamado entre los reyes la *Guardia Real*; Sócrates el beocio tenía bajo sus órdenes dos mil rodeleros; Fóxidas Aqueo, Ptolomeo hijo de Trasos y Andrómaco Aspendo adiestraban la falange y los griegos mercenarios; pero el mando de aquélla, compuesta de veinticinco mil hombres, se hallaba a cargo de los dos últimos, y el mando de éstos, en número de ocho mil, residía en el primero. Los setecientos caballos de que se compone la guardia del rey, la caballería de África y la que sacó del Egipto, su total hasta tres mil caballos, estaban a las órdenes de Polícrates. La caballería griega y toda la mercenaria en número de dos mil, después de bien disciplinada por Equécrates, a cuyas órdenes se hallaba, sirvieron de muchísimo en la batalla. Ninguno tuvo más esmero que Cnopias Alariota en instruir las tropas de su mando, compuestas de tres mil cretenses, entre los cuales había mil neocretenses, al mando de Filón de Cnosos. Se armaron tres mil africanos a la manera de Macedonia, y estaban a cargo de Ammonio Barceo. La falange egipcia, compuesta de veinte mil, se hallaba a las órdenes de Sosibio. De tracios y gálatas, tanto de los que había en el país, como de los que recientemente habían sido enganchados, aquéllos en número de cuatro mil, y éstos de dos mil, se formó un cuerpo, cuyo mando se dio a Dionisio el tracio. Tal era el ejército que Ptolomeo había prevenido, y tan diversas las naciones que lo componían.